

Ramón Soto Granado

ESCOLLOS EN LA ENSEÑANZA DE LA TRADUCCION

La traductología es la ciencia que redefine las bases teóricas de la práctica y la enseñanza de la traducción. El rol que le cabe al profesor de traducción, en este sentido, no se encuentra libre de escollos, especialmente al preguntarse hasta qué punto la solución de las dificultades es de su competencia. El propósito de este trabajo es ayudar a responder dicha interrogante.

The theoretical basis of the teaching and practice of translating has been re-defined by the science of translation (Traductología). In this sense, the role of the teacher of translation is not free of troubles. One of these arises when facing the question of to what extent the solving of such problems demands his competence. This article tries to help to find an answer for such issue.

INTRODUCCION

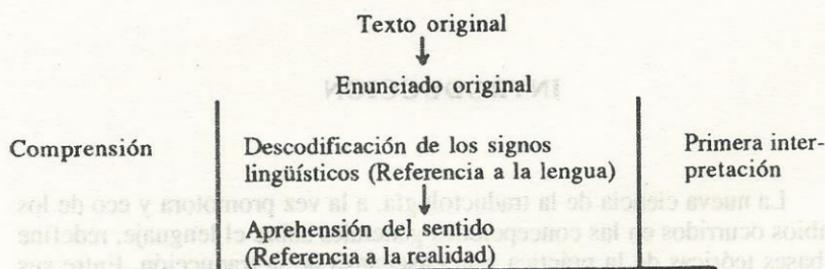
La nueva ciencia de la traductología, a la vez promotora y eco de los cambios ocurridos en las concepciones generales sobre el lenguaje, redefine las bases teóricas de la práctica y la enseñanza de la traducción. Entre sus contribuciones fundamentales se destaca, por una parte, la confirmación de que el lenguaje es un instrumento para la comunicación de ideas mediante actos de habla (es decir, la llamada **teoría del sentido** de la escuela de París); y por otra parte, la definición detallada de las etapas que componen el

proceso de traducción. Desde el punto de vista docente, el conocimiento de este proceso permite, tanto a profesores como a estudiantes, dar cuenta de manera científica de lo que ocurre en sus mentes al traducir un texto. Esto puede producir la falsa impresión de que el profesor de traducción al fin dispone de todas las herramientas necesarias para llevar a cabo su misión sin mayores tropiezos. No obstante, se sabe que dicha misión puede encontrar escollos que a veces pueden parecer insalvables, y que en todo caso se vencen por lo general a expensas del desvío de los esfuerzos del profesor hacia aspectos del proceso de traducción que no siempre guardan una relación directa con su esencia.

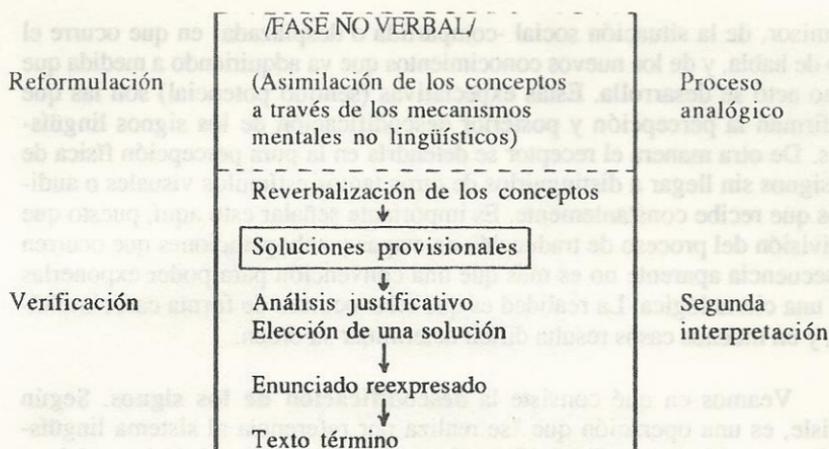
Una de las preguntas que se hace todo principiante como profesor de esta disciplina es hasta qué punto la solución de las dificultades mencionadas es de su competencia. El propósito de este trabajo es ayudar a responder dicha interrogante. Debido a la gran diversidad de factores que aquí se expondrá, este ensayo también puede ser útil para quienes están a cargo del diseño de cursos de nivel superior relacionados con la filología, y aún de la enseñanza media general.

Para identificar los obstáculos que pueden entorpecer la formación de traductores, nos basaremos en el análisis del proceso de traducción propuesto por Jean Delisle. Delisle opina que "...postular una equivalencia de traducción implica tres etapas: comprensión, reformulación y justificación. Cada una de estas etapas a su vez comprende las suboperaciones siguientes: descodificación de los signos lingüísticos y aprehensión del sentido; razonamiento analógico y reverbalización de los conceptos; interpretación regresiva y elección de una solución".⁽¹⁾ En el cuadro siguiente, también tomado de Delisle, se puede ver en un esquema ampliado de este proceso.

El proceso heurístico de la traducción⁽²⁾



1. Jean Delisle. *Iniciativa a la traducción. Enfoque interpretativo. Teoría y práctica*. Tesis doctoral defendida en 1978. Adaptación española por Georges L. Bestin, 1990. Fotocopia del original, p. 97.
2. *Ibid.*, p. 122.



La división del proceso en etapas y suboperaciones permite determinar a cuál o cuáles de ellas corresponde cada falla posible en su enseñanza. Con este fin se debe establecer dos distinciones fundamentales entre dichas fallas u obstáculos: en primer lugar, en qué medida su naturaleza está ya estudiada o definida y en segundo lugar, en qué medida su solución depende del profesor o de otros factores.

II

Ante todo es necesario analizar los elementos que intervienen en la comprensión. A esta etapa dedicaremos gran atención por ser la primera del proceso, por ser la de mayor peso, y porque muchos de los factores que inciden en ella se repiten después en alguna de las dos etapas restantes.

La comprensión de textos es un acto interpretativo de comunicación monolingüe; sea ésta entre un emisor y un receptor pasivo, o entre un emisor y un receptor (traductor) que luego será emisor en un segundo acto de comunicación monolingüe. De las dos suboperaciones que intervienen en la comprensión, la descodificación de los signos lingüísticos parece preceder a la aprehensión del sentido, pero se ha demostrado mediante sencillos experimentos que esto no es necesario así.⁽³⁾ Lo que en realidad ocurre es que el receptor de un texto -oral o escrito- comienza a crearse expectativas sobre el mensaje por descifrar a partir de los conocimientos previos compartidos con

3. Mariano García-Landa. "La Teoría de la traducción y la psicología experimental de los procesos de percepción del lenguaje", en *Estudios de psicología*, N° 19 - 20, 1985, pp. 189-190.

el emisor, de la situación social -compartida o desplazada- en que ocurre el acto de habla, y de los nuevos conocimientos que va adquiriendo a medida que dicho acto se desarrolla. Estas expectativas (sentido potencial) son las que confirman la percepción y posterior descodificación de los signos lingüísticos. De otra manera el receptor se detendría en la pura percepción física de los signos sin llegar a distinguirlos de otros tantos estímulos visuales o auditivos que recibe constantemente. Es importante señalar esto aquí, puesto que la división del proceso de traducción en etapas y suboperaciones que ocurren en secuencia aparente no es más que una convención para poder exponerlas con una cierta lógica. La realidad es que ellas ocurren de forma casi simultánea, y en muchos casos resulta difícil determinar su orden.

Veamos en qué consiste la **descodificación de los signos**. Según Delisle, es una operación que "se realiza por referencia al sistema lingüístico", y su objetivo es "identificar el contenido conceptual de las palabras mediante un análisis léxico-gramatical". Para esta identificación es preciso "descubrir la red de relaciones abstractas existentes entre las palabras".⁽⁴⁾ Esto quiere decir que el requisito fundamental para realizar esta suboperación es que el traductor cuente con un buen dominio de la lengua de partida (LP). Esta **competencia lingüística** se define como sólidos conocimientos de la gramática de la LP, de su fonología, morfología, lexicología, sintaxis, estilística, y hasta su ortografía y normas de redacción, así como su semántica, sus variantes dialectales y de registro. Aquí se debe incluir también el dominio de ciertos complementos cognoscitivos inherentes a un grupo lingüístico determinado que, por estar fosilizados y consagrados en esa cultura específica, ya no pertenecen a las estructuras siempre abiertas de la experiencia", sino que han cobrado un valor semiológico que los hace tan sistematizados y descodificables como los signos propiamente lingüísticos.

Ya estamos entonces ante el primer gran obstáculo para la enseñanza de la traducción. No es necesario explicar que la misión del profesor no consiste en proporcionar al estudiante esa competencia lingüístico-semiológica, sino valerse de ella para enseñarle a traducir. No obstante, en toda buena clase de traducción se debe realizar un análisis lingüístico exhaustivo del texto para poder descubrir todos los matices de significado, por pequeños que sean, que el autor haya querido transmitir. Si partiéramos de que todos los alumnos cuenten aproximadamente con el mismo dominio de la lengua de partida, y de que este sea al menos equiparable al del profesor, entonces dicho análisis se limitaría casi por completo a ocurrir dentro de las mentes de los participantes de la clase. De él se vería, como la punta del iceberg, sólo la parte pertinente para el fin que se persigue, es decir, la carga semántica y sus articulaciones para crear el mensaje. Sin embargo, esto no es más que una situación ideal, y sabemos que en la práctica el profesor tiene que estar dispuesto a adentrarse en

4. Op. cit., p. 99.

consideraciones formales que, aunque secundarias, pueden llegar a consumir gran parte de su tiempo y esfuerzo. De ahí la importancia de la solidez de los conocimientos lingüísticos de base.

Cualquier curso de traducción incluye el dominio de la LP como requisito de matrícula. Con este fin se aplica a los aspirantes exámenes de conocimientos lingüísticos o se les exige haber aprobado un conjunto de asignaturas de base, en el caso de cursos de traducción incorporados a carreras universitarias o como estudios avanzados de cursos independientes de idiomas. Esto también implica que el nivel profesional de los docentes que imparten dichas asignaturas de base tienen una repercusión directa en el desenvolvimiento posterior de las clases de traducción. Como raseros para medir dicho nivel profesional se debe incluir no sólo la propia competencia lingüística del docente y sus aptitudes pedagógicas, sino sus concepciones sobre la naturaleza del lenguaje. Este aspecto, tan importante para la filología en general, con frecuencia no recibe la debida atención, y es sorprendente encontrar que la mayoría de los profesionales de la lengua carecen de concepciones coherentes sobre la naturaleza y función del lenguaje. Afortunadamente, el surgimiento de los llamados enfoques comunicati-vos en la enseñanza de idiomas está ayudando a llenar este vacío.

Por otra parte, conviene recordar que la competencia lingüística de un individuo nunca llega a ser absoluta; y que la enseñanza y la práctica de la traducción tienen un papel indirecto, aunque muy activo, en el perfeccionamiento del dominio de los idiomas. Por esto, el profesor de traducción no puede descuidar su propia capacidad para enseñar aspectos formales de las lenguas con que trabaja; aun cuando el estudiante de nivel avanzado se hace cada vez más responsable de su superación lingüística.

Analicemos ahora la segunda suboperación de la etapa de comprensión, es decir, la **aprehensión del sentido**. Según Delisle, esta suboperación "consiste en definir con mayor precisión el marco conceptual de un enunciado enriqueciéndolo con el contexto referencial en el que inserta. Basándose en lo que significan los signos lingüísticos en el código, se trata, con esta operación, de descubrir lo que esos signos designan dentro del mensaje".⁽⁵⁾ Delisle sostiene que para comprender es necesario interpretar, y cita a Martinet "en la comunicación lingüística se significa la comunicación lingüística se significa algo que no es manifiesto mediante algo que sí lo es".⁽⁶⁾

Lo que los signos designan dentro del mensaje, ese algo no manifiesto, es lo que llamamos sentido, idea o intención. La función del lenguaje es precisamente comunicar (hacer común) una intención antes inmanifiesta.

5. Op. cit., p. 101.

6. Ibid., p. 98.

Para que un receptor reconozca esa intención o idea en un enunciado cuyo contenido semántico ya ha sido descifrado, tiene que disponer, dentro de su **competencia comunicativa**, de una serie de capacidades y estrategias que debe desplegar de manera consciente, no intuitiva, si va a ser un profesional de la traducción.

Entre esas capacidades y estrategias podemos enumerar las estrategias de lectura, de búsqueda y extracción de información, de formación de juicios y conclusiones; las capacidades de integración de conocimientos por analogía, de concatenación de ideas (pensamiento lógico), y de verificación y rectificación del sentido entendido. Hemos de incluir como requisito para esta suboperación el dominio de una amplia reserva de complementos cognoscitivos (conocimiento del mundo), y la disposición (intención) siempre activa de ampliarlos y enriquecerlos.

En cuanto a los factores mencionados, la primera dificultad que puede repercutir en la clase de traducción es que en la enseñanza tradicional ha habido cierta tendencia a descuidarlos. Incluso cuando están contemplados en los planes de estudio de los centros de educación, superior o no, sucede que o no siempre se les enseña correctamente o los estudiantes prefieren confiar esas tareas a la mera intuición y al sentido común. Esto puede ser conveniente y hasta razonable para quienes utilizan el lenguaje con el único objetivo de expresarse, pero no para quienes debe utilizarlos con el fin de expresar las ideas de otros. Para los primeros puede crearse un triste círculo vicioso: abandonarse a la intuición puede funcionar mientras no tengan que convertirse, por ejemplo, en traductores; pero en nuestro mundo cada vez más pequeño esta posibilidad nunca está excluida del todo, y cuando se vean ante esa necesidad ya será tarde para aprender lo que antes descuidaron. Esto es válido también para quienes saben que serán traductores, puesto que el prejuicio más difundido y difícil de cambiar sobre esta profesión es que para practicarla basta con dominar dos idiomas y ciertas habilidades malabares para pasar del uno al otro, y viceversa, sin que se note el cambio. Los mismos estudiantes de idiomas, y hasta los bilingües consumados, tienen este prejuicio mientras no se hayan enfrentado verdaderamente a la traducción. El mismo prejuicio puede abarcar incluso a quienes tienen la misión de impartir los conocimientos estratégicos en cuestión. Con anterioridad expresamos que es imprescindible que los filólogos tengan concepciones científicas coherentes sobre la naturaleza del lenguaje. Ahora podemos sostener además que cualquier docente dedicado a la enseñanza de estrategias interpretativas y procesuales, sean éstas filosóficas o lingüísticas, debe tener concepciones científicas coherentes sobre la naturaleza de la mente humana y del universo en general.

Aquí se puede añadir que otro factor que puede atentar contra la adecuada comprensión del sentido es que el traductor vea el contenido del texto, que casi siempre proviene de una cultura ajena, a través del prisma de sus propios

valores culturales. Delisle expresa al respecto que "la idea que ha de reformularse puede desconcertar al traductor, parecerle extraña, si esta no encaja bien en su escala de valores sociales, morales o estéticos".⁽⁷⁾ Es sabido que, en la comunicación humana, las diferencias entre las escalas de valores de los interlocutores son fuente de innumerables equívocos. Se sabe también que variar o ampliar dichas escalas es una de las metas más quiméricas que se puede plantear la humanidad, sobre todo porque para muchos significaría en gran medida un cambio de identidad. El tratar de alcanzar esa meta es, ni más ni menos, a lo que se ha dado en llamar "comprensión".

Todo traductor, para poder serlo de manera cabal, debe haber asistido en su formación a un cambio muy perceptible en sus patrones mentales que lo haya hecho evolucionar de ente enjuiciador a ente observador. Para lograr esto le es de gran ayuda la ampliación insaciable de sus conocimientos del mundo y la consecuente integración de los elementos que lo forman. El buen traductor, como profesional, tampoco rechaza ninguna manifestación del conocimiento humano, sino que se interesa ávidamente en todas las ciencias y en todas las artes, y las cree -al menos las cree- cognoscibles. No obstante, rechaza la erudición estéril y la sustituye por la creatividad para compensar su falta de conocimientos. Después de todo su objetivo es detectar intenciones, no acumular anécdotas. Una vez detectada la intención, la verifica a partir de los signos que sirvieron para expresarla, y de ser necesario la rectifica, al tiempo que incorpora a su experiencia el nuevo conocimiento así adquirido.

III

En este punto, estamos en los límites con la segunda etapa del proceso de traducción según el análisis de Delisle. La **reformulación** tiene, como materia prima para comenzar, lo que la comprensión produjo como resultado final, es decir, el **sentido** o percepto sigmático de García-Landa.⁽⁸⁾ Para Delisle, reexpresar consiste en "verbalizar nuevamente los conceptos revistiéndolos de significantes pertenecientes a otra lengua".⁽⁹⁾ O sea, el vínculo entre comprensión y reexpresión, que antes era como un limbo inefable, ahora no es más que el percepto sigmático, o intención, o conceptos desverbalizados. Esto es lo que algunos artistas llamaron por mucho tiempo "el aroma", pero ellos sólo se referían a obras de arte, mientras que el sentido es inherente a todo mensaje expresado mediante un enunciado. La búsqueda de intenciones, esencia de toda traducción, es un acto interpretativo por

7. Ibid., p. 130.

8. Op. cit., pp. 173 - 174.

9. Op. cit., p. 107.

excelencia. Esto coloca a la traductología en el rango de ciencia social, que tiene como objeto de estudio la intencionalidad aplicada a la comunicación interlingüística.

En la fase no verbal de la reformulación, el percepto obtenido en la comprensión queda, idealmente, desprovisto de toda huella formal. Ha ocurrido la comunicación y por lo tanto el lenguaje, que es su instrumento, deja por un momento de ser necesario. El receptor (traductor) queda libre para jugar en privado con su percepto que, aunque intangible, permanece en su memoria desligado de la estructura que lo sostuvo. La mayor dificultad que enfrenta el profesor en esta etapa parte de la contradicción entre el carácter individual de la percepción y el carácter colectivo de la clase. Una manera de paliar este problema es utilizar recursos paralingüísticos con el fin de dar cuerpo a la idea. Por esto es que la utilización del dibujo resulta muy provechosa, sobre todo en las etapas iniciales de la enseñanza de la traducción.

El dibujo, aunque también es un sistema de signos, permite la desverbalización de los conceptos. De ahí que sea conveniente que los alumnos dispongan de una formación al menos rudimentaria en artes plásticas. Otro recurso indirecto para comprobar la adquisición del percepto es el lenguaje mismo. Se puede, especialmente en niveles avanzados, recurrir al refraseo de la idea en la misma LP hasta llegar al consenso de que todas las variantes transmiten el mismo sentido.

Luego, ya dentro de la etapa de la reformulación, se puede recurrir al tanteo en la lengua término (LT) con expresiones no definitivas que ayuden a definir colectivamente los contornos del mensaje. Esto es lo que Delisle llama proceso analógico, es decir, el recorrido a lo largo de los caminos paralelos de los conceptos asimilados a través de los mecanismos mentales no lingüísticos por una parte y de la reserva de recursos formales para indicar dichos conceptos por la otra. A nivel léxico este proceso se expresa en forma de relaciones sinonímicas, pero también ocurre a nivel sintáctico y oracional.

Todo esto indica la importancia primordial que en esta etapa tiene la competencia lingüística en la LT. Los mismos factores a los que nos referimos sobre el dominio de la LP para la comprensión intervienen ahora, sólo que en la LT. La diferencia fundamental en esta etapa es que en ella la LT se utiliza en la emisión y no en la recepción, por lo que su dominio debe ser mucho más sólido. La reformulación, además, es la que distingue a la traducción de cualquier otra actividad comunicativa, y es por lo tanto la etapa del proceso que más directamente depende del profesor. Su tarea más legítima es monitorear el desenvolvimiento del razonamiento analógico para asegurar que esté guiado a la reverbalización del mismo mensaje transmitido por el texto original.

Nos encontramos finalmente en la tercera y última etapa del proceso: el **análisis justificativo**. Su objetivo, sostiene Delisle, es "verificar la exactitud de la solución (provisional) elegida", o sea, que en ella el traductor debe "asegurarse de que la equivalencia transmite perfectamente el sentido completo del enunciado original".⁽¹⁰⁾ La verificación es una interpretación regresiva, es decir, que el traductor vuelve a realizar el proceso de comprensión; pero esta vez a partir de su esbozo provisional de texto en la LT. Así comprueba si puede llegar en esta segunda interpretación al mismo percepto que en la interpretación del texto original. Si tiene éxito, puede entonces asegurar que ha traducido. En esta etapa debe también ser capaz de hacer un juicio crítico de sus soluciones provisionales y de evaluarlas disociando las semejanzas formales, o isomorfismo, entre la LP y la LT. Aquí, como en el resto del proceso, repercute toda su formación lingüística y su competencia comunicativa en general. El aprendizaje de la traducción puede reforzarlas, pero no suministrarlas a quien no las haya adquirido antes.

En este punto, todo traductor se plantea el problema de la fidelidad. Hay que definir entonces a qué se debe ser fiel. Sabemos que en la comprensión de textos interviene una gran variedad de elementos, que incluyen al autor, el lector, el sentido, y las formas lingüísticas utilizadas para expresarlo. Cuando se trata de traducir, se necesita saber a partir de la fidelidad a cuál de estos elementos se debe reconstruir la versión en la lengua término. Si el postulado fundamental de la traductología es el de la primacía del sentido, entonces podemos decir que a él se subordina cualquier otro elemento que intervenga en el texto. La condición que tiene que cumplir un texto para ser una traducción de un original determinado, es ser fiel al sentido de dicho original. Esto es aplicable a todos los tipos de textos, desde los informativos hasta los expresivos y los vocativos.

Por ejemplo, al traducir cierto tipo de poesía en la que se impone la función estética del lenguaje, el traductor confiere más valor a los recursos formales del original que a su tema o contenido. Esto puede hacer creer que en este caso no prima el sentido, lo que sería una confusión que evidentemente proviene de absolutizar la identificación entre sentido y contenido. Si consideramos que el sentido y la intención son lo mismo, y que la intención del poeta en un caso así sería producir un goce estético a partir de ciertos recursos formales, entonces al ser fiel a dichos recursos el traductor estaría siendo fiel al sentido intenido en el original. El tema aquí, si es que se puede reconocer, constituiría sólo un pretexto para practicar esa función estética. El mismo

10. Op. cit., p. 116.

razonamiento se puede aplicar a los textos vocativos (en los que la fidelidad al lector se impone sobre el tema) y a los demás tipos de textos.

Por último, conviene destacar que en la etapa de verificación es donde se demuestra que puede haber varias soluciones igualmente válidas. De ahí que la calidad de la clase no se compruebe mediante la unificación de criterios sobre cuál es la mejor traducción, sino mediante el consenso de que cada solución individual definitiva cumple en términos generales la misma función comunicativa que el original.

Conclusiones

En la enseñanza del proceso de traducción intervienen factores de diversa índole que no dependen directamente del profesor; y que, para que no se conviertan en obstáculos insalvables, deben ser previstos con suficiente antelación en los planes de estudio de la enseñanza general y superior.

Al mismo tiempo, la clase de traducción es un taller de percepción y de creación en el que se reactivan los conocimientos enciclopédicos y los conocimientos lingüísticos de sus participantes. De ahí que el profesor no debe mostrarse renuente a recrear y consolidar las nociones adquiridas con anterioridad por los alumnos, siempre que no se desvíe de su objetivo principal: enseñarles a interpretar ideas ajenas en una lengua determinada para luego reexpresarlas en otra lengua.

La enseñanza de la traducción, por sí misma difícil debido al gran diapasón de factores que abarca, puede dificultarse más a causa de los prejuicios existentes sobre ella. Para combatir esos prejuicios, los aportes de la traductología se abren paso entre los profesionales de la traducción. Por el carácter eminentemente social de esta profesión, sería muy beneficioso que los aportes mencionados llegaran a un espectro más amplio de la sociedad, en especial a quienes estén relacionados de una manera u otra con la filología.

(Universidad de La Habana)